

*La cruz de neón ilumina la noche de la ciudad de los mil campanarios. La Iglesia del Mesías, la de San Andrés y San Pablo, la Iglesia Erksine y Americana, la Catedral de María, reina del Mundo, incluso la preciosa aguja de piedra de la Iglesia de Cristo. Todas ellas en el centro mismo de la urbe. Por no hablar de la basílica de Notre-Dame o la Iglesia solidaria de San Jaime. Montreal. La ciudad de los milagros, también la llaman. De los milagros Oscuros diría yo. Pues ni toda la fe que se profesa en ella la salva de la corrupción.*

*Escribo esta nota en mi diario, el día en que he descubierto que ni esquivar la muerte nos aleja de la infinita lucha que se desata en el universo. El tigre blanco y el dragón azul, el Yin y el Yang. Los eternos contrarios de la vida y la muerte, del bien y el mal. Soy un vampiro, un muerto en vida. Hace tiempo fui un cazador de demonios allá en el reino medio, lo que aquí en occidente se denomina cazador de vampiros, aunque en un sentido más amplio. Ahora, en mi nueva condición, busco la raíz del mal, más allá de lo que nunca había llegado a concebir. Un desequilibrio que amenaza con desestabilizar la paz que había encontrado en mi nuevo y singular estado. Y cuanto más cerca estoy de la verdad, más peligro corre mi vida, o, mejor dicho, mi no-vida y la de mis hermanos.*

*Mi ciudad es un eterno bullicio de fluctuaciones sobrenaturales. Del Feng shui aprendí la existencia de las líneas de 'ley', que componen las venas, arterias y ramas de las fuerzas opuestas, pero inocentemente creí que estas líneas eran fijas y eso me ha estado cegando a la verdad durante años. Ahora sé que fluctúan. Emigran estacionariamente como las aves, a un ritmo que aún me es imposible de entender. Pero lo cierto es que esos movimientos generan cruces. Intersecciones de energía que conforman el poder de la entidad. Ese ser. Un ser que habita bajo la ciudad. En el corazón mismo de Mount Royal. Está despierto, está vivo de alguna forma y aunque mis hermanos crean que fue derrotado... Ahora lo sé. Y este conocimiento me hace blanco de su mirada.*

*He escondido todos mis descubrimientos y estudios por toda la ciudad. He dibujado mapas y pistas en las zonas en las que se hallan mis manuscritos. Sólo un experto taoísta podrá descifrarlas, ya que no me fío de la influencia que aquel al que no quiero nombrar pueda ejercer sobre mortales y vástagos de mi sangre, que pudieran traicionarnos. Ahora debo partir. Mi trabajo en la Inquisición del Sabbat me reclama en Nueva York. Espero que allí encuentre alguna pista más sobre la adoración y el culto que estos seres ultra terrenos inspiran en sus débiles seguidores. Si no, mi siguiente paso será viajar a Haití y buscar a Cedilia de la Lengua, solo ella puede conocer dónde habita el demonio. Ella le sirvió en el pasado. Muerto Sangris, es la única pista que me queda.*

Zhou.

Prólogo.

Nueva York, Manhattan, cerca de Central Park. 21:35 horas.

Una limusina de cristales tintados resaltaba en un extraño cuadro flanqueada por un viejo jeep desvencijado y un par de negras customs. El quinto piso del edificio de aparcamientos, estaba vacío a aquella hora de la noche por ser una zona de oficinas. El varón blanco de casi un metro noventa, de gabardina de cuero larga y gafas oscuras que hacía un momento había salido de la limusina, chupaba con deleite un cigarrillo mientras observaba detenidamente a la panda que tenía delante. Su acompañante y chofer, un hombre de raza mezclada, de oscuros cabellos largos y abrigo guardapolvos gris, se colocó detrás cubriéndole las espaldas.

- Así que vosotros sois los así llamados Silver Rockets, ¿no? - Su acento era sureño, pero su negra melena recortada sobre los hombros, confundía sobre su origen.

Frente a él, seis figuras permanecían observándolo en actitud despreocupada. Como una banda de jóvenes delante de un profesor el primer día de clase. Unas antinaturales sombras jugueteaban sobre sus rostros, confundiendo a cualquier observador poco habituado.

- ¿Quién lo pregunta? - Respondió un esbelto personaje. Vestido completamente de cuero negro, observaba por encima de sus negras gafas mientras efectuaba con las manos una serie de signos, aparentemente, algún tipo de contraseña. Dos pozos de oscuridad asomaban tras aquellas gafas y una pantera tatuada parecía saltar desafiante en el lado izquierdo de su cabeza. Sobre ella, un lacio cabello negro se recogía en una pequeña coleta sobre el rapado cogote.

- ¡Oh vamos!, esto es Nueva York, nenes. – Una sonrisa asomó a las comisuras del alto interlocutor. – ¿Tengo pinta de ser una puta ventrue?, ¿Por la limusina? – Contestó con su propia serie de signos.

Un extraño personaje del este de Europa y mediana edad, con arcaico traje de noble coronado por un sombrero de copa, respondió con marcado acento extranjero, mientras se colocaba los puños de la chaqueta:

- Las viejas costumbres, señorr Corben, las viejas costumbres.- Repitió - Al igual qui las

tradiciones, no están ahí por caprichio.

- ¿No estará intentando darme lecciones, verdad vejatorio? – Contestó despectivo Corben. Su cara adoptó una mueca de repugnancia mientras miraba de abajo a arriba al espigado extranjero. – No sé quién será “su merced” en su tierra, pero aquí, en mi territorio, yo soy el que impone las reglas. En Nueva York solo hay sabbats y putas ventrués y yo no os la voy a chupar, así que repetiré mi pregunta. ¿Sois vosotros los Silver Rockets? -

El hombre del sombrero de copa dio un paso al frente, pero detrás de él, la figura de cuero negro avanzó interponiéndose entre ellos y con una encantadora sonrisa concluyó:

- Así nos hacemos llamar, señoría. Y usted debe ser el señor Roger Corben, uno de los obispos del Sabbat. Mi nombre es Francisco Vázquez o si lo prefiere, Pantera, a su servicio. En estos momentos ductus de la manada. -

Los ojos de Corben no se apartaron del extranjero que seguía en actitud retadora. El acompañante del Obispo había sacado una escopeta recortada y miraba preparado para responder a cualquier movimiento en falso.

- Será mejor que comencemos las presentaciones. - Prosiguió Pantera, tratando de suavizar los ánimos - Este Señor tan Fiel a las costumbres del Sabbat es conocido como ‘La Bestia’. - Palmeó suavemente la pechera del raído traje del voivoda, lo que hizo surgir una pequeña nube de polvo - Viene de la vieja tierra y es muy celoso de su legado tzmisce. Le ruego excelencia que no malinterprete su rugiente fervor por la secta.

- Pues yo te ruego que ates bien a tu bestia si no quieres quedarte sin ella. No acostumbro a permitir este tipo de actitudes en mi presencia. – Corben respondía despacio, irradiando un aura de autoridad que pocos seres resistían. Sin embargo, su oponente debía pertenecer a esos pocos privilegiados.

- ¿Es que no se permite acaso el fervor por el Szabbat en vuestra presencia?, - Pregunto remarcando el ‘vuestra’ - ¿O por las tradiciones?, ¿Tampoco por los ritos, señor Obispo? – La cara de La Bestia era una máscara de odio y desprecio.

Roger Corben desabrochó su guardapolvo con un rápido movimiento y sacó dos pistolas que

hizo girar al estilo de Búfalo Bill mientras espetaba:

- Tu bestia me está insultando. O le controlas o aquí va a haber más que palabras.

Pantera se giró y trató de captar la mirada de su compañero mientras andaba hacia los otros buscando una manera de aplacarle:

- Eh, no monopolices al señor Corben, Bestia. Quisiera terminar de presentar al resto de la manada antes de que empecéis a intimar. Después de todo, tienen tanto derecho como tú a saludar a su señoría.

Aunque la tensión podía cortarse con un cuchillo, la atención de los presentes fue dirigiéndose hacia las palabras y descripciones del ductus de Silver Rockets.

- Pese a que somos una cofradía relativamente joven, contamos con un elenco nada despreciable de miembros: Quatemoc, el bajito de los tatuajes. – dijo señalando a un joven muchacho indígena. Musculoso y de corta estatura, mostraba un cuerpo totalmente tatuado cubierto solo por un pequeño chaleco y pantalones de tela. - Me acompaña desde México y es un fiero guerrero en todas las especialidades. Su cimitarra es temida desde Tijuana hasta Alamut.

Quatemoc saludó haciendo un ademán con la cabeza. Seguidamente, Pantera dirigió un movimiento de su mano hacia un fornido varón con abundante vello en las mejillas que lucía una cazadora de cuero marrón, vieja y raída, claveteada con unos enormes dientes caninos. Su cabeza estaba afeitada a excepción de un grueso mechón en forma de cola de caballo que le surgía del centro del cráneo. - Mi amigo Lupus, el de la chupa con dientes de lupino, no le queda a la zaga y es nuestro más entusiasta cazador de perros, con 4 cabezas en su palmarés.

El acompañante de Corben se animó a hablar, nervioso como estaba, ante la posibilidad de tener que pelear contra esos seis desconocidos.

- ¿Caza chuchos?, ¿Es que se alimenta de animales?

- Todos en esta manada cazamos perros. – Respondió Lupus sonriendo. – Pero de los grandes, de los que te arrancan las pelotas y se las ofrecen a la Luna si no te andas con cuidado.

- ¡Ja!, Eso sí que no me lo creo. – La risa fingida del acompañante del Obispo, no aportaba seguridad a lo que decía. – Apuesto mis colmillos a que no habéis visto un lupino a menos de 100 metros en vuestras patéticas no-vidas.

Los derroteros de la conversación lograron distraer por un momento a la Bestia del particular duelo que mantenía con el obispo:

- La sangrre de hombrre lobo es utiliscliada en algunoss viejos y poderrososs ritae que los Voivodas inseñarron a las prrimerras cofrradíass, allá porr los añoss de las rievueltass. – La Bestia engalanaba cada palabra con una potente voz que silbaba convirtiéndose en algo antinatural. - Las prruebass de valor e inisciación contrra nuestross viegoss enemigoss de loss bossquess sijen siendo magníficass retoss parra mantenerr activoss nuestros instintoss y habilidadess hasta que lleguen los díass imporrtantess... los díass del lefantamiento.

Corben pareció tranquilizarse y bajó sus armas aún alerta.

- Si me permitís, termino de presentar. – Interrumpió Pantera. - Nuestro ojo de halcón, el tirador de élite de la manada, capaz de acertarle a un culo de brujah acelerado por un saco puesto de speed, el señor Antonio de Paso. - Un enjuto y bajo personaje de pelo rizado rojizo y de barba recortada a la moda de principios de siglo saludó con modales de su época, escondiendo una esquivada mirada.

- Y finalmente, nuestro recién adquirido amuleto. La encantadora Atram. Versada en magia de la sangre y rituales arcanos, es una de esas pocas rarezas antitribu de las que podemos contar entre los tremere. - A la derecha del obispo, posaba una muchacha aparentemente muy joven, boluptuosa, maquillada y vestida a la moda gótica que, mostrando un prominente escote, le guiñó un ojo provocativa -. Sin duda una guinda en el pastel.

El ductus de Silver Rockets se volvió a dirigir con pausa hacia el obispo.

- Así pues, excelencia, puede apreciar que somos, esencialmente, una manada nómada cuyo hobbie principal, cuya marca, es la caza de garous. Nos dijeron que andaba buscando algo parecido.

Corben meditó durante unos instantes mientras observaba como la Bestia masculaba palabras

de desaprobación por la definición de su líder. Le hacía gracia pensar en la poca vergüenza que poseía esta cofradía prácticamente desconocida más al norte de Nuevo México. Se reiría con ganas si las cosas que Kyle Strathcona había dicho de ellos no eran más que exageraciones y cuentos, quizás habían logrado engañar incluso al viejo cardenal.

Pero había algo en ellos que lo intrigaba de veras; el tanteo inicial indicaba que el miedo no era el punto débil de este grupo, aunque posiblemente su líder adoleciera de la autoridad suficiente para dirigir una manada de guerra. La disciplina era una importante virtud cuando se trataba de misiones de incursión, espionaje o tanteo y el que estos jóvenes talentosos fueran lo suficientemente valientes o estuvieran lo bastante locos para dedicarse a jugar con lupinos no era óbice para pensar en ellos como en 'el arma perfecta para nuestros planes lealistas'. La Mano Negra y la Inquisición, no tardarían en intentar influenciarlos, sin duda. De hecho, había oído que el tal Quatemoc ya poseía algún contacto en la Mano, aunque estas cosas, por supuesto eran secretas y casi no había información al respecto.

Su cometido era someter a la manada a una prueba de supervivencia lo suficientemente dura como para que ninguna cofradía normal lo consiguiese y en caso de que lo logaran, enrolarles en una misión especializada en la que él mismo estaba implicado, Atlanta. Un trabajo importante, con un objetivo crucial. A partir de ahí, el resto sería trabajo del Cardenal. Pero primero... un aperitivo para abrir boca y ver si era verdad aquello de lo que se jactaban.

- A ver nenitas, - empezó desafiante – si tan valientes sois y tanto os gusta jugar con pulgosos, a lo mejor no os importaría ayudarme a mí y a mi amigo de la escopeta, Peter Doubois, con un pequeño trabajo de desparasitación que hace falta aquí al lado, en Central Park. Así, como presente, ya que no me habéis traído ni una botella de tequila.

- En la vieja tierra la hospitalidad de nuestro líder no había que comprarla sino que...- comenzó a decir La Bestia, pero fue rápidamente interrumpido por el obispo.

- ¡Me importa una mierda si en la vieja Europa os hacéis pajas con vuestros pomposos y vegetativos voivopollas!, si vuelves a interrumpirme o simplemente a abrir la puta boca en mi presencia voy a adornar la avenida con tus huesos, al gusto de vuestra tierra. Estoy hablando con el ductus de la manada y espero, Pantera, que seas capaz de atar en corto a este vejestorio.

Pantera escrutó con seriedad a Roger Corben, casi pidiendo comprensión, intentando hacer caso omiso de la mirada fría que le dirigía el tzimisce, que en cierto modo le retaba en silencio a que lo intentase.

Era un ritual muchas veces repetido, una lacra con la que, de momento, no era capaz de enfrentarse. El viejo tzimisce, no era líder de la manada debido a su arisco, aburrido y cargante carácter, pero su conocimiento, su fuerza y su edad, hacían de él posiblemente el más poderoso de todos ellos, y eso, no le ponía las cosas fáciles a un ductus.

- Vamos Bestia, - intervino Lupus – solo nos están ofreciendo un poco de diversión como bienvenida. ¿Una cacería?, eso no es un regalo para él, sino para nosotros. Lo que pasa es que aún no captas el tono festivo americano. No seamos desagradecidos con nuestro anfitrión, ¿eh? – Tras una ligera reflexión, las cejas de la Bestia se alzaron en un gesto exagerado de complicidad y cambiando el gesto, dirigió una profunda reverencia al obispo.

Pantera, aliviado por la sagaz intervención de su colega, comenzó a hablar antes de que el viejo volviera a estropearlo todo.

- ¡Bueno gente! Chinguemos a unos cuantos perritos y dejémonos de tanta charla, somos hombres de acción, la palabrería se la dejamos a la Camarilla. Señálenos el camino, excelencia, ¡han llegado los exterminadores a su ciudad!

## Capítulo 1: En el parque con los perros.

Lo primero que sorprendió al señor Doubois era la cantidad de plata que llevaban encima los de la manada nómada. Puñales, clavos, balas, tachuelas, incluso una espada y una gran cimitarra, todas relucientes y por lo que explicaron, perfectamente forjadas con aleaciones de acero junto al rico metal argénteo, ya que de otro modo habrían resultado algo endeables.

El Líder de los Gangsters trataba de controlar la curiosidad de sus hermanos que se movían intranquilos estirando el cuello para poder ver a aquel peculiar grupo dando consejos y preparándose para la caza. Su propia cofradía, una de las más temidas de Brooklyn, conocida por la violencia y el duro trato al rebaño neoyorkino, no daba crédito a lo que iba a ocurrir. Estos últimos años habían tenido algún encuentro ocasional con los habitantes de Central Park, incluso alguno de los más aguerridos de la manada de *los Escaldados*, había decidido por su cuenta y riesgo que esos malditos garou no tenían derecho a ocupar un territorio que los hijos de Caín habían reclamado y conquistado. Los resultados en todos los casos habían sido los mismos. Era mejor no jugar con esas fieras salvajes y menos en su hábitat. Uno no podía recordar ninguna historia de las manadas de guerra que no hablara de cómo habían evitado el contacto con lupinos y sus territorios habituales como norma estratégica esencial. Y lo cierto era que, en algunas ocasiones, demasiadas, los líderes de la secta hacían desaparecer o restaban importancia a grandes pérdidas sufridas a manos de estos seres, sin más motivo que el hecho de que los asuntos de la secta no podían atender en estos momentos a esas vicisitudes, cuando la guerra con la *Camarilla* estaba en marcha. Se limitaban a poner de manifiesto la incompetencia de aquellos que se dejaban matar por incautos o incompetentes.

Así que este repentino giro en la actitud del obispo le resultó como mínimo inquietante. Pero no sería él quien volviese a dudar de Corben. En tres ocasiones había desafiado al actual obispo, cuando éste residía en NY, antes de su traslado a la cruzada de Atlanta. Su posición como ductus de la cofradía más brutal y despiadada de Brooklyn le hizo pensar que le daba todo el derecho a luchar por ocupar su puesto. En el primer intento, atacó al Obispo a traición y pensó que, aunque había sido derrotado, era porque era un cainita joven y falto de experiencia, pero que le había faltado poco para conseguir golpearle al menos una vez y que, de haberlo conseguido, otro gallo hubiese cantado. La segunda ocasión, solo fue una discusión y un golpe rápido. Se dijo a sí mismo que si lo hubiese visto venir, no hubiese tenido que estar una semana en el refugio comunal sacándose plomo del cuerpo, que Corben se había ocupado



de introducir con sus revólveres para enseñarle a todo el mundo quién mandaba. Y eso le llevó a la tercera, en la que reclamó formalmente su derecho a monomacia, tras conquistar el último reducto de Queens y decidir que ya era hora de ser recompensado. Aquel día conoció a Kyle Strathcona: el Cardenal que había venido a supervisar las operaciones junto con un oscuro personaje al que algunos señalaron en susurros como un miembro de la *Mano Negra*. No cambió el rictus de su cara cuando aceptó la petición de Doubois y reconoció su derecho. Ofreció a Corben, como exigían los ritos, la elección de la forma de duelo o la posibilidad de declinarlo y éste, bastante crispado y notoriamente disgustado, bramó que se enfrentaría a toda la manada de Doubois él sólo si era necesario para demostrar lo que ya debería ser una evidencia. A Doubois no le gustó la bravata. No le gustaba Corben, era antiguo, había venido de fuera y había sido impuesto desde arriba; así que aceptó los términos y dispuso a sus hermanos para destruir a aquel engreído que sólo sabía dar órdenes y casi nunca se ensuciaba las manos.

Esa noche, descubrió quién era Roger Corben en realidad, un cainita de más de cien años acostumbrado a la guerra que podía pelear como un titán si la situación lo exigía. Un brujah antitribu y lo que eso conllevaba. Los vástagos de este clan eran rápidos, fuertes y muy dados a la ira. Perdió a media manada y debería haber perdido la cabeza, pero el Obispo por razones que aún no había llegado a comprender, no lo destruyó.

Ya llevaban más de diez minutos en el interior del parque y entre la excitación del momento Doubois se fijó en que sus hermanos y él iban armados como siempre, con armas automáticas, bates de clavos y cuchillos. Rowan, el *sacerdote* de la cofradía, se acercó y le susurró:

-Esto... ehem, Pitt, ¿el tema de la plata?

- ¿Qué coño buscas Row? ¿Un amuleto? ¿Quién se cree esas mierdas?

El mismo Doubois una vez había intentado usar un arma de plata. Fue la noche que un hijo de puta bastardo le mordió y le convirtió en un cabeza de pala. Su cuchillo se había partido al chocar con la chupa de cuero de aquel marica al que Doubois estuvo temiendo hasta el día en que lo diabolizó. Pero nunca había pensado en aquello de las aleaciones, la verdad es que Peter Doubois no destacaba por pensar mucho precisamente; era valiente, tenía labia y sus bravatas lograban hacer dudar a sus adversarios, al menos a los que estaban a su altura.

Pese a todo, se acercó con decisión al que le había sido presentado como Lupus que se hallaba agachado cosiendo una especie de letra plateada a su cazadora y habló en alto para que sus hermanos de manada pudieran oírle.

-Oye tú. ¿Qué tenéis para nosotros? ¿Os sobra alguna lanza de plata de esas? ¿Un arco quizás?

Con su sonrisa socarrona y su tono de burla pretendía ridiculizar el asunto, pero por si acaso, no quería perder la oportunidad de hacerse con lo que fuera que le diese algo de ventaja. Siempre lo hacía cuando iba a enfrentarse a situaciones problemáticas. El tal Lupus, tranquilamente, le tendió un pequeño cuchillo, una hoja de lanzar de apenas cuatro dedos de largo que sacó del interior de su bota tejana y que resultaba ridícula comparada con el gran cuchillo de caza que él mismo llevaba en su cinturón.

-Como experto en lupinos, mi consejo es que os mantengáis en la retaguardia chavales. No es por menospreciaros, parecéis unos tipos duros. Simplemente, este no es vuestro elemento.

Las palabras y la amplia sonrisa de colmillos de Lupus, junto con su imagen asiendo aquel pequeño filo, que apenas servía para limpiarse la mierda de las uñas, le hicieron sentir a Doubois como un estúpido.

-Deja tus consejos para los tuyos, nómada. Esto es Nueva York, nuestro hogar, ¡nadie va a venir aquí a decirnos cuál es nuestro elemento!

Lanzó el cuchillo contra el barro del parque donde quedó clavado vibrando, escupió un cuajarón de sangre y continuó:

-Eso de la plata es una gilipollez, así que voy a quedarme aquí sentado, en la retaguardia – remarcó - viendo, como os destrozan esos lupinos y luego les coseremos a balazos para que se acuerden para siempre de Los Gangsters. Esa chupa tuya de colmillos será mía, si es que queda algo de ella.

Pero la sonrisa de Lupus no desapareció, no cambió ni un ápice su semblante mientras seguía afanado en su tarea textil.

-Cómo quieras, si eso ocurre, tienes mi permiso.

En ese momento, Doubois se percató de una presencia cercana que de algún modo le había pasado inadvertida. Era obvio que el personaje bajito calvo y musculoso, repleto de tatuajes tribales que ahora afilaba su cimitarra sentado en el banco a escasos pasos de su espalda, antes no se encontraba allí. Había utilizado el poder llamado *ofuscación* para confundirse durante la conversación y colocarse en una posición aventajada. Estaba claro que la cofradía nómada llegada de México, había estado en muchas reyertas y conocía y empleaba tácticas de guerra.

Doubois volvió al claro donde estaban Rowan y los demás sin perder de vista al fornido personaje y se sentó usando un árbol como respaldo.

-A la mierda. Aquí voy a quedarme.

Desde su posición, observó como el tatuado, cuyo trabalenguas de nombre no recordaba, dejaba de afilar la cimitarra y se acercaba tranquilamente a recoger el cuchillo clavado en el suelo. Parecía un personaje taimado y callado, el más enigmático de ellos, sin duda un ángel de Caín, como solía llamarse a los assamita antitribu. No le gustaría tener que enfrentarse a él en un callejón a solas. Cerca, en el estanque de la cascada, el tal Antonio de Paso limpiaba con esmero un fusil francotirador que parecía una antigualla y lo cargaba con balas de plata mientras canturreaba una especie de canción triste en español. Junto a él, la voluptuosa cainita vestida con cuero negro que había pasado todo el tiempo hasta ahora riendo y bromeando con él, parecía en estos momentos concentrada y sería mirando el agua caer. Casi podría decirse que era la única de entre ellos que reflejaba preocupación. De repente, el alto personaje de sombrero de copa hizo resonar su viejo gabán con el revuelo de sus pasos acelerados cuando apareció de entre unos setos que adornaban el borde del estanque.

-Querrido ductuss – empezó a decir, con su duro acento extranjero que provocaba escupitajos continuos – Los meados de los chuchios apiestan en trres kilómetros en redondo. Si no nos adelantamos ya, los tendrriemos ensima en menos di lo que canta una gallina.

-Un gallo- le replicó el tal Lupus – se dice ‘en menos que canta un gallo’- apuntilló divertido.

-Como ssea, dibemoss agctuarr ya.

Pantera asintió con la cabeza y miró a Lupus: - Vamos allá.

Los Silver Rockets se desplegaron con las armas preparadas en una media luna, en torno a Atram, avanzando en pos de la espesura que formaban los árboles de más allá del estanque. La tremere antitribu comenzaba a susurrar complejos galimatías mientras se cortaba la muñeca y dibujaba extraños símbolos con la sangre en su brazo. A sus flancos, De paso y Quatemoc se agazapaban para formar una segunda línea a distancia mientras que Lupus con su machete, Pantera con su espada bastarda y La Bestia que iba transformándose a cada paso que daba, formaban la vanguardia cuerpo a cuerpo. Doubois se quedó sentado como había dicho observando el avance de aquellos cainitas. El juego había empezado. No sabía si quería que fracasasen e hicieran el ridículo como le pedía su orgullo o que realmente fuesen tan diestros como aparentaban. Porque el caso es que allí estaban, en territorio lupino, seguramente rodeados y en total desventaja y teniendo que hacer de los ojos de Corben, que se había quedado esperando fuera. La prueba era para los nuevos, pero alguien tenía que verlo de primera mano, no fuera que aquellos extranjeros estuvieran conchabados con los chuchos, si es que eso era siquiera posible. ¿Y quién se ofrecería para tal cometido? No podía quedar como un cobarde. Tenía que demostrar que los Gangsters tenían más cojones que nadie.

Sus hermanos se fueron reuniendo en torno a él como esperando a que les diese la orden de ir tras ellos. Casi habían desaparecido de su vista tras los setos cuando de pronto, como si de una estela se tratase, una mancha blanca irrumpió entre los suyos desde lo alto de la cascada. Las crines lechosas de aquel animal enfurecido se iban tiñendo de rojo según iba lanzando garrazos a diestro y siniestro a una velocidad endiablada y con una fuerza descomunal. Los gritos de sus cofrades se fundían bajo un cántico ritual de aullidos que se entonaba desde todas las direcciones del parque. El tableteo de las armas automáticas parecía marcar el ritmo de la siniestra melodía y Peter Doubois aún no había decidido si estaba soñando cuando se encontró delante de una fiera salvaje de más de dos metros con garras y colmillos abalanzándose enloquecida sobre él.

Antes de que pudiera dirigir la sangre a todos sus músculos y sentidos para prepararse para el combate, la babeante criatura de ojos inyectados y pelo oscuro estaba sobre él moviéndose como una picadora de carne desbocada esparciéndole por la hierba. Todo había ocurrido tan deprisa que solo podía observar pasivamente su propia destrucción, pero cuando pensaba que esa sería la última imagen que verían sus ojos en su decepcionante *no-vida*, el cambiante se detuvo repentinamente y se retorció de dolor con un espasmo. Algo se había clavado en su espalda y debía de abrasarle por la forma en que abandonó todo lo demás para intentar sacárselo. Doubois aprovechó el momento que se le presentaba para apartarse e intentar

recomponerse con su sangre. Retrocedía recogándose las vísceras que le colgaban mientras se regeneraba a duras penas, ya que las heridas provocadas por estas criaturas no sanaban como las demás, ardían y escocían como los rayos del sol o las llamas del fuego y podían causar la muerte definitiva igualmente. Luchando por controlar su bestia interior y no entrar en el pánico cainita conocido como Rostcheck, tan poco decoroso para los integrantes del *Sabbat*, trataba sin embargo de reconducirlo hacia una ira furiosa que le permitiese combatir sin dolor ni lastre proveniente de sus heridas. Usaba toda su fuerza de voluntad en aquella tarea cuando logró percatarse, entre la roja neblina de sus ojos, de que el oscuro bajito tatuado de los Silver Rockets, enarbolaba su fulgurante cimitarra enzarzado en un bravo combate con su atacante que todavía no había conseguido sacarse de la espalda lo que parecía el pequeño cuchillo de plata al que había renunciado él unos minutos antes.

Otro lupino, este en forma de lobo, cayó junto a él con la lengua fuera y sangrando por un agujero entre los ojos. La herida humeaba y hervía como si algo en el interior estuviese corroyéndolo. Doubois siguió la trayectoria de aquel disparo encontrando a Antonio De Paso apoyado en un árbol, aparentemente sereno y en calma. Tras él, el níveo pulgoso que había caído sobre su manada estaba ahora asediado por los mandobles del líder de Silver Rockets, Pantera y las acometidas salvajes de Lupus y retrocedía sin remisión. La plata, no solo parecía herir de gravedad a los cambiantes, sino que además los amedrentaba. Mientras los que quedaban en pie de su propia cofradía, los Gangsters, huían hacia los Jeeps despavoridos, disparando ráfagas ciegas hacia la espesura, el viejo tzimisce llamado la Bestia, transformado en un monstruo amalgamado de carne y reforzado con huesos en forma de pinchos, garras y protecciones óseas, se revolcaba con otro cambiante entre los arbustos y la furia de ambos engendros de la noche, se asemejaba a la de las peleas de gatos callejeros, pero en una dimensión mucho mayor.

Estaba empezando a conseguir recuperar el control de sus músculos y alcanzar el *frenesí* cuando notó un fuerte tirón de pelo que lo elevaba en volandas con una fuerza desmesurada hacia las alturas del árbol que tenía al lado. Fue volteado en el aire como un pelele hasta quedar colgando de un nervudo y peludo brazo y unos ojos que parecían la encarnación del abismo le miraron fijamente. En ese momento toda la fuerza de voluntad y el coraje que le habían mantenido cuerdo desaparecieron y el mundo se convirtió en un borrón azul y rojo.

Cuando volvió en sí, no podía creer que aún mantuviera el pellejo, pero lo primero que sintió

es que no podía mover ni un músculo de su cuerpo. Su sangre estaba completamente detenida, su mirada fija al frente y en su perímetro de visión había una bonita cara femenina. El cabello azabache cubría unos ojos muy pintados sobre un rostro que le pedía silencio con un dedo sobre los carnosos labios, pintados de carbón. No podía negar que la cainita antitribu de Silver Rockets era atractiva. En aquella posición, el bonito colgante con un Ankh lucía majestuoso entre los dos voluptuosos pechos que lo escoltaban. Su blanquecina piel, resaltaba bajo el cuero negro de la ropa.

Con los brazos cubiertos de sangre hasta los codos la, en apariencia, joven taumaturga, estaba alimentando a Doubois con gotas de la sangre de algo que aún respiraba con dificultad en el suelo, donde sus ojos no alcanzaban. Debía ser uno de esos engendros. Cada gota era como una inyección de adrenalina y poder, pero todo parecía retenido en su interior, de momento solo era capaz de mantenerse consciente. Escuchaba todo como si estuviera dentro de una burbuja. Solo podía estar pasando una cosa, habían atravesado su corazón con un trozo de madera, estaba estacado.

Desde el árbol en el que estaba apoyado podía observar como tres de sus hermanos de manada yacían esparcidos alrededor, la muerte definitiva les había alcanzado y pronto se irían convirtiendo en ceniza. Antonio de Paso se encontraba muy cerca agazapado con su fusil.

-Debes mantenerlo consciente. La concha de su madre, pues no que entró en Rötschreck y casi lo perdemos. Se supone que debe ver lo que pasa para servir de testigo del obispo. Lo necesitamos consciente, che. - Su sombrero le ocultaba el rostro parcialmente, pero parecía agitado y eso acentuaba su deje argentino en el habla.

-Estacado no molestará, y podrá verlo todo... mientras esté en su campo de visión. – Atram hablaba con voz melodiosa, parecía fascinada con todo lo que hacía y veía. Era como si estuviera afectada por alguna droga que disparase sus sentidos. Doubois reconoció el poder llamado auspex en las pupilas de la tremere.

Ella, tras comprobar que la cabeza del estacado cainita se mantenía en una posición desde la que tuviera buena perspectiva se giró y se acurrucó cerca de De Paso, mirando hacia el frente:

- ¿Dónde están ahora?

- Hasta el momento acabamos con dos pulgosos, este al que vos profanabas hace un momento

y el blanquito. El otro pelotudo, el que casi destroza a nuestro testigo invitado aquí presente, parece que se escondió. Quate lo acecha desde hace rato. Lupus, Bestia y Pantera acabaron bastante perjudicados. Se ocultaron allí entre esos setos donde escondimos los cuerpos de reserva para el reabastecimiento. Están recuperándose. Yo sigo alerta, pero ese mea arbustos es como si hubiese desaparecido – Antonio De Paso también parecía estar utilizando la disciplina de auspex para mantener todos sus sentidos aumentados.

La taumaturga, que seguía embelesada con su derredor dijo:

- No recuerdo donde leí que algunos garou son capaces de saltar entre planos de existencia. Que pueden moverse a través de un mundo paralelo llamado *Umbra*. Lo llaman *caminar de lado* –

- ¿Qué?, ¿De dónde diablos sacaste semejante boludez? – Antonio De Paso hablaba a Atram como un padre protector aleccionando a su hijo. – En mi vida escuché nada parecido. Los lupinos son bestias de combate, adoradores de la Luna, coge cabras, asesinos de Vampiros... no más quedaba que se movieran entre planos. Magos peludos... ¡mis pelotas! ¿Oíste también que se reproducen por esporas? Dejate de conchadas y abrí los ojos. Tiene que estar en algún arbusto. Lo que pasa es que se camuflan como camaleones. Están en su terreno.

Nada más acabar la frase, justo delante suyo y como rasgando un velo imaginario sostenido en el aire que se abría de forma imposible, apareció un hombre de torso desnudo repleto de vello cano con una frondosa barba gris. Sus ojos reflejaban infinita ira y asco. Sus manos, en un rictus de rabia absoluta, iban transformándose en enormes garras peludas mientras atravesaban la realidad en dirección a ellos. Su cara iba adquiriendo rasgos lobunos desafiando desagradablemente a la razón y la cordura, pero lo que más aterrorizaba eran aquellos ojos negros, dos pozos de oscuridad que Doubois ya había experimentado antes de perder el conocimiento. Desde su posición podía ver claramente a De Paso y Atram atenazados por la sorpresa y el miedo. El tirador andaba intentando sostener el rifle que se le escurría de las manos temblorosas mientras la tremere había quedado extasiada frente a semejante visión. El cambiante no tardaría en destrozarlos a ellos y luego terminaría de jugar con él.

Ahora sí que parecía que la prueba había terminado. Aquellos engreídos macarras no habían dado la talla, ni toda la plata ni los redaños eran rivales para los monstruos a los que se estaban enfrentando. Acababa de darse cuenta, un poco tarde para él, de por qué los jefes del

*Sabbat* habían estado evitando y ocultando el hecho del peligro de estos engendros que compartían la vida nocturna con los miembros de la secta. La sabiduría popular de las calles demostraba una vez más su valía. Eran un blanco demasiado duro, una guerra imposible de ganar en el terreno del enemigo y su *no-vida* acabaría allí mismo, en pocos minutos, para dejar un nuevo testimonio de esa verdad.

De repente, un sonido como el de la hélice de un helicóptero apagó incluso el bramido de aquella bestia asesina. En el vientre del garou que estaba ya abalanzándose sobre De paso apareció la punta curvada de una gran cimitarra abriéndose camino a través de sus entrañas, y el impacto, una vez que la guarda del arma quedó trabada con la columna vertebral, proyectó al cambiante hacia adelante estampándolo directamente contra Doubois y clavándolo en el mismo árbol en el que éste se encontraba. El lupino tembló con estertores de muerte durante unos segundos mientras su sangre y vísceras resbalaban por encima del estacado cainita hacia el suelo, quedando finalmente inerte sobre él.